

El Caballero, la Muerte y el Diablo

Por Vlady Kociancich

A gentle Knight was pricking on the plaine, Ycladd in migtier armes
and silver shielde (. . .) And on his breast a blodie Crosse he bore, the
deare remembrance of this dying Lord.

Spenser, *The Faerie Queene*

En el primer recodo del camino que atravesaba el bosque, me detuve. La luna, que había pasado desgarrándose entre el follaje, apareció de pronto, entera, sobre mí, para iluminar casi violentamente la armadura que me cubría, convirtiéndome en un Caballero fantasma del que sólo la fatiga era real, y la pesadumbre. Aun en la borrosa luz que venía del cielo, los ojos me ardían. No me di mucho tiempo, sin embargo, para percibir la dolorosa incomodidad del sudor que reptaba multiplicándose sobre mi cuerpo, bajo el peso de la armadura, a través de la línea apenas curva de la espalda. Recordé el largo día bajo el sol, y como todos los hombres alguna vez, bendije la oscuridad y la noche. Avanzaba hacia el castillo de mi padre. Algo más fuerte que la impaciencia, el deleite de un regreso tanto tiempo anhelado quizá, me impulsaba a demorarme tontamente en el camino, a contemplar un árbol marcado con mis iniciales, a descubrir en el jeroglífico de ramas y de hojas, los pasos de la infancia. No tenía apuro, así que en la tranquilidad de saberme en mi casa, me había sorprendido la noche.

Cuando un muchacho rehusa la dulce protección de los muros que rodean el lugar donde ha nacido, y se aparta de los rostros y las voces familiares para ir a probarse a la guerra, para dejar su sangre en tierra extraña o volver victorioso, ese muchacho se convierte en un hombre. Y cuando el hombre regresa sin saber muy bien qué es lo que ha ganado para el Señor, que le pesa tanto en el alma, ese hombre quiere ser otra vez un muchacho. Así pensaba, cuando los cascos de mi caballo dejaron de sonar ahogadamente sobre la tierra para tomar como un repique a la vez hondo y metálico. Era agua. Un hilo apenas móvil de agua, más barro que otra cosa. Me detuve otra vez, mirando atentamente alrededor. De noche, el mundo no parece el mismo, pero aun cuando no distinguía más que la línea estrecha del camino, supe que me esperaban. Tiré de las riendas y dirigí mi animal hacia donde presentía el encuentro. Hasta el momento de entrar en él, dudaba de la existencia de ese claro. La

luna había borrado todo el verde y también la delicada maraña de flores estivales. Era una llanura de plata en el bosque, y en el centro de esa llanura había aún otro círculo resplandeciente que brotaba como una misteriosa reverberación del suelo. Me bajé del caballo y contemplé el estanque mientras la nostalgia crecía en mí voluptuosamente. Cuando me quité el yelmo, me toqué por primera vez la cabeza empapada de sudor. Con dificultad, me arrodillé entre los juncos que se quebraron sin un ruido y me mojé la cara. Agua fresca. Agua cristalina, pura, cándida agua. Una idea más peligrosa que la de cualquier pecado carnal, la herética convicción de que la naturaleza es inocente, me arrebató de pronto. Con paciencia (no había otra manera), me quité lentamente la armadura. Era un trabajo fastidioso y ridículo porque no había nadie para ayudarme, y me ahogaba el calor acumulado durante todo el día. Antes de meterme en el agua, tuve la intención de pedir a Dios que me perdonara esta falta y este riesgo, que la compensaría aumentando el número de enemigos de Cristo en las filas subterráneas de Satanás, pero no agraví mi culpa con una blasfemia. Ya en el agua, la camisa que me había dejado me entorpecía para nadar, así que me la quité y la arrojé a la orilla. Ahora disfrutaba sin recelos, me sumergía, me alargaba, me volvía en la frescura del estanque que me había conocido chico y que ahora me recibía hombre, victorioso y trasgresor sin arrepentimiento. Pero al salir, desnudo, echándome el pelo para atrás y escurriéndolo con las manos, una vaga desazón se apoderó de mí. Estaba fresco y limpio. Me vestí con vergüenza, bajo la luna, muy torpemente porque la exaltación de mi felicidad me había agotado. Iba a montar cuando sentí que mi mano derecha rozaba una piel y una húmeda sinuosidad. Antes de ver lo que vería, reparé bruscamente en dos cosas: era de noche, estaba solo. No atiné a gritar, aunque el miedo o la sorpresa me subió a la garganta. Se parecía a varias cosas y a ninguna totalmente, más horribles por ser familiares y cotidianas: un lobo, un macho cabrío, una serpiente. Desproporcionado, absurdo, se reía con risa de hombre. Vi que se me aproximaba, sentí el hedor que el Todopoderoso le otorga para prevenirnos y que yo reconocería aun en sueños, si es que esto no era un

sueño. Con una mano que no podía cerrar del todo, tomé la espada y levanté la empuñadura en forma de cruz ante los ojos alucinados del Diablo, que no retrocedió pero que ahora tampoco avanzaba. En la tortuosa lentitud de las pesadillas, monté. El Diablo no me perseguía, pero yo lo adivinaba multiplicándose en la sombra.

Me costó serenarme. Todavía temblaba, sin vergüenza, porque el temor a lo sobrenatural nada tiene que ver con el coraje natural de un hombre, cuando avisté, como un pájaro su nido, los muros poderosos del hogar, altos sobre las ramas más altas del bosque, apareciendo y desapareciendo ante mis ojos en cada vuelta del camino. Ya nada había ocurrido para mí. Ahí estaba mi casa, mi familia aguardándome, mi madre, mi padre orgulloso, mi amigo, el francés Guy, más joven que yo y entrenándose aún en las armas. Nada había ocurrido. Ni la hermosa guerra, ni las miserias de la guerra, ni el esplendor del mar ni las vicisitudes de los viajes. Ya no recordaba a los valerosos compañeros, los puros, los fuertes, los a veces aborrecibles soldados de Dios. Tampoco la duda. Sólo en el triunfo o el ardor de una lucha a medias ganada o por perderse, sentí hacia mis compañeros un amor de hermanos. El resto del tiempo, las inacabables pausas que me abrían los ojos ante la corrupción y la mentira, los horribles descubrimientos de violaciones, los niños hambrientos, los mutilados, me separaban de los demás. Entre la ruina y el despojo de la victoria, las cavilaciones me dejaban aislado, rencoroso. Sólo una idea me arrancaba de la indecisión y me permitía seguir adelante: la certidumbre de estar luchando por la buena causa, sin otro propósito que el de defender lo mejor de este mundo, a pesar de los hombres y de mí mismo.

Los caballeros alemanes me reprochaban a mi amigo Guy. Decían que estaba más cerca del infierno que de la salvación, más cerca del fuego que del Paraíso, un extranjero que aún no había sido ordenado y que ni siquiera pertenecía a orden alguna de su patria. Pero ¿qué sabían ellos de Guy? Tal vez fuera su muy floja castidad lo que le permitía ser humilde y generoso con los débiles. Inteligente, audaz, hábil con la espada, mi amigo Guy.

La próxima vez partiríamos juntos.

Cuando estuve frente al puente levadizo del castillo, ya no pensaba en otra cosa que no fuera mi pasado remoto y perfecto, el tiempo maravilloso que no había incluido responsabilidades o dudas, que casi no había incluido penas. Azucé el caballo para cruzar el puente cuando un pensamiento me alarmó. El puente estaba bajo. ¿Por qué? No había centinela. El hábito de la guerra me demoró contemplando cautelosamente la entrada. De pronto, en la luz de la luna, en esa noche a la vez nebulosa y radiante, una silueta avanzó corriendo hacia mí. Mi mano, no yo, aferró la espada. Pero era una mujer, la oí reírse.

Nos enfrentamos en la mitad del puente. Ella bailaba. Movía mucho los brazos, una vez a la izquierda, otra a

la derecha, las faldas arrebatadas por un viento súbito. Yo la miraba con curiosidad y sin saber qué hacer o decirle. Aquel cuerpo algo grueso que bailoteaba me impedía pasar. Era una campesina como todas, los ojos agrandados, como atentos, la risa aguda y vulgar. Le pregunté: ¿Hay fiesta en el castillo? Levantó la cara hacia mí, pero no me contestó ni dejó de moverse. La vi alargar una mano temblorosa hacia las riendas y no hice nada. Tal vez, pensé, es parte de un juego o de una ceremonia, y la dejé tirar del caballo hacia la entrada. —¿Sabes quién soy? Ella, sin responder, bailando todavía, guiaba el animal. Cuando cruzamos el puente vislumbré el resplandor de una hoguera. —¡Entonces hay fiesta!— exclamé.



La campesina se rió convulsivamente, señalándome con un dedo que parecía acusar ante nadie, y se alejó de mí, bailando todavía, sacudiéndose, perdiéndose en la oscuridad de un corredor.

La hubiera seguido, pero un grito me hizo volver la cabeza hacia el fuego, interrumpiendo mis pasos. Un grupo de hombres y mujeres en desordenado círculo rodeaba el crepitar del fuego. Echando de menos algo de lo que no me daba cuenta muy bien, tal vez la etiqueta, me acerqué a ellos. Sobre la pira, ahora vi que se trataba de una pira, un cuerpo se retorció de dolor. Espantado e incrédulo, cubriéndome la nariz y la boca con la mano, me acerqué aún más. Entre ráfagas de humo y desfigurado por la tortura reconocí el rostro de mi amigo Guy. Quise arrojarle a las llamas para liberarlo, pero incontables brazos me lo impidieron. —Guy, oh, Guy, —grité— ¿qué te han hecho?

Los ojos del moribundo se abrieron para mirarme desfallecientes. —Hermann. . .

La cara amada se retorció en una sonrisa familiar aun en el desgarramiento. Entendí perfectamente sus palabras, entre el estruendo y mis propios gritos: —No es nada. . . —dijo.

Mi desesperación no pudo contra el peso de la turba que

agravaba el peso de mi jaula de metal. Cuando se apartaron de mí, ya era demasiado tarde. Guy se había convertido en una sola llama.

Me alejaron de él sin contemplaciones, explicándome respetuosamente algo que no entendía. Permití, entre accesos de tos y de náusea, que me desembarazaran del metal, que manos solícitas y repugnantes me colocaran una camisa de seda, un jubón de terciopelo, una capa. En medio del asombro y del espanto me dejé conducir a las habitaciones donde mis padres reposaban. Avancé entre personas que no reconocí y que contaminaban la ceremonia dolorosa de bienvenida. No oí las voces que seguían explicándome, sólo la última voz de mi amigo Guy: "Hermann, no es nada. . .", ni advertí el desorden



en las salas y los corredores, la ausencia de los servidores habituales, la presencia de esa muchedumbre mezclada y anárquica. Abrieron la puerta que me separaba de mi madre, y aún aturdido, la busqué. Estaba junto al lecho de mi padre, que dormía. Le tendí los brazos, avancé hacia ella que había vuelto su rostro pálido al oír mi voz y que tomó otra palidez irrevocable.

—Madre, soy yo.

Me respondió con una voz que yo no le había oído nunca.

—Vete, Hermann, ¡vete! Oh, ¿por qué tuviste que volver ahora?

—¿Qué sucede? He visto a Guy. . .

—Lo encontraron culpable de la peste.

Entendí que mi padre estaba muerto, que Guy había sido condenado por el terror. Supe que mi madre moriría y que yo moriría también. La recibí en mis brazos cuando perdió el sentido. La acosté al lado de mi padre como si solamente durmiera.

Recorrí los salones desiertos del castillo, después. A veces, un resto de cortesía entre el pánico, me brindaba el homenaje de una cabeza inclinándose al reconocerme y alejándose prontamente de mí. Deseé la guerra, la limpia muerte de la batalla. Deseé un enemigo visible que le diera valor a ese cuerpo ya condenado, a esa segunda armadura. Deseé no estar allí sin poder hacer nada, atestiguando apenas la muerte de todo lo que había querido.

En la plazuela donde vi arder el cuerpo de Guy, se amontonaban los cadáveres; busqué mi caballo y lo monté. No quería huir, quería irme. Me desesperaba no comprender la muerte estúpida de aquellos por los que había peleado en el Oriente, para honrar con mi honor y con la diáfana prueba de mi coraje. Un perro me siguió, gimoteando. No estaba solo. Llevaba el triste séquito de mi familia perdida, de la tortura inútil de Guy, a quien sabía inocente, el abrazo negado de mi madre, el falso sueño de mi padre, los primos ausentes o muertos. Durante esa larga y espléndida mañana de verano, cabalgué en círculos, seguido por el trote de mi perro y por la memoria dolorosa de lo que había ocurrido. Esa tarde me dejé caer sobre el suelo áspero del bosque sin ánimo de comer o dormir. Las vanidades humanas nunca habían sido tan vanas como hasta el momento de perderlas, nunca tan preciosas, tan frágiles, tan incomprensibles. La noche me llegó sin darme cuenta. Extendido en el mismo lugar, veía el rostro de mi amigo Guy, lo oía otra vez: "Hermann, no es nada", descubría la palidez de mi madre entre las sombras y el cuerpo del Duque se corrompía junto a mí. Toda la noche velé mis muertos en la soledad, esperando mi muerte y la del perro que se había dormido. Amaneció tan rápidamente como había pasado la noche.

Y yo no estaba muerto. Tenía la piel limpia, la cara fresca. Dios me había salvado la vida. Desesperado y rabioso, lloré, envuelto aún en el cerco cerúleo de mi gente. La altivez que da el dolor me hizo alzarme con un grito y un puño apretado hacia el cielo radiante de esa mañana, tan radiante que parecía la primera mañana del mundo.

—Si es que no me has olvidado, quiero una prueba. Ya no tengo motivos para vivir, necesito algo en qué creer que no sea esta estúpida destrucción, estos inútiles horrores, este vacío.

Me callé y ni siquiera los pájaros cantaban. Ni un ruido, ni una hoja rozando otra en el viento. Me dirigí, dispuesto a nada, hacia el caballo. El perro se sacudió y vino trotando alegremente tras de mí.

Cuando estuve sobre la montura, reparé por primera vez que estaba en el mismo claro del bosque de dos noches atrás. Junto al borde del agua había dos figuras. Una era el Diablo en su segundo encuentro conmigo. La otra era la Muerte, la que no había imaginado, la sucia, desvaída muerte natural, que me sonreía sin labios y me miraba sin ojos, y espoleaba su pálido caballo hacia mí. Miré alrededor. Mi madre, mi padre, Guy, no estaban ya. Agradecí a Dios compasivo, a mi Dios generoso. Hice lo que debía hacer. Retomé, acompañado por mi perro, por el Diablo, por la Muerte, el camino de casa. Cruzamos el puente y yo me puse frente a un grupo de labradores que huía cargado de bultos, abandonando a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos. Les dije:

—Soy vuestro señor, el Duque.

A una orden mía, levantaron el puente. ♦